

El espíritu 16 y el cambio de Cambio

Escribir en *CAMBIO16* siempre ha sido un privilegio y un orgullo, incluso en los momentos más difíciles, cuando la incertidumbre sobre la viabilidad de la cabecera, mascarón de proa de un barco —el Grupo 16— que hacía aguas por todas partes, condenó a la redacción a un inmundo zulo en el que, a pesar de las circunstancias adversas y la absoluta carencia de medios, nunca faltó ingenio para un titular o garra para una portada. Allí se hacía periodismo y ni siquiera la amenaza de quiebra o la suspensión de pagos lograron doblegar el espíritu de un puñado de profesionales que no iba a renunciar de la noche a la mañana a 30 años de libertad e independencia informativa. Nunca pudieron callarnos. Tendrían que habernos matado para silenciarnos para siempre. Y vaya si lo intentaron. Primero con la censura. Desde su aparición en el mercado *CAMBIO16* siempre llamó a las cosas por su nombre, contábamos en voz alta lo que los ciudadanos se susurraban al oído en la calle, un estado de opinión que nadie se atrevía a defender en público. Esta valiente apuesta por la pluralidad costó no pocos quebraderos de cabeza a unos periodistas que nunca fueron complacientes con el poder y para los que la práctica de su profesión suponía un auténtico

ejercicio de funambulismo. La verdad en la cuerda floja. Hoy, nadie pone en duda que *Cambio16* fue un símbolo de la transición democrática. Su contribución a la normalización democrática cimentó un prestigio internacional que hace de la cabecera decana de las revistas de información general en España la publicación más valorada en el extranjero, con una difusión récord y suscriptores en 67 países. Su fundador, Juan Tomás de Salas, decía que un periodista es siempre un loco capaz de llevar a cabo una idea. Su locura creó escuela y revolucionó el periodismo. Se atrevió a hacer lo que nadie había intentado hasta entonces y se mantuvo firme en su proyecto hasta que los reveses económicos y su precaria salud aconsejaron su retirada. Con todo, en medio de la zozobra, regresó para intentarlo una vez más, para evitar el descalabro. Sólo consiguió acelerar su definitiva partida. Su adiós nunca supo a fracaso. Si se encontrara aún entre nosotros, sabría, como sabemos todos los que trabajamos en *Cambio*, que su sueño no se quebró, que está más vivo que nunca, que mereció la pena.

Así lo supo entender Manuel Domínguez, que se hizo cargo del enfermo cuando éste estaba en fase terminal, desahuciado por todos. Su

tesón es sólo equiparable al de nuestros lectores, a los que alguna vez cariñosamente nos hemos referido como militantes insobornables del espíritu de Cambio, el auténtico espíritu, no el que otros se han empeñado en manosear y patrimonializar como si les perteneciera, aquéllos que preferían sucumbir con la revista —o es nuestra o no será de nadie— antes que afrontar una realidad difícil, pero no desesperada. Domínguez también tuvo un sueño y, como en los orígenes, fue capaz de contagiar su locura. Con la refundación de Cambio se garantizaba, en primer lugar, la supervivencia de una cabecera emblemática y, por ende, de unos puestos de trabajo, además de la continuidad de un proyecto que, sin cambios sustanciales en su línea editorial, no tenía más remedio que adaptarse a las exigencias del mercado en un mundo



cada vez más globalizado en el que se dibuja un nuevo orden internacional. Es el denominado cambio de Cambio una apuesta informativa que abre las páginas de la revista a los movimientos sociales y organizaciones no gubernamentales surgidas para denunciar los efectos perniciosos de la mundialización, el desequilibrio entre países ricos y países pobres, la desvertebración Norte-Sur y todas aquellas injusticias y desigualdades que condenan, en nombre de la economía y el dinero, a millones de ciudadanos a la

exclusión social. CAMBIO16 se convierte así en un foro permanente de debate en el que participan con voz propia los colectivos discriminados, la mujer y la paridad de sexo, los homosexuales, los ancianos, en un mundo cada vez más envejecido, la infancia y, en general, todos aquellos que no cuentan con ninguna tribuna para expresar su opinión.

Lo que no pudo conseguir la censura y la crisis económica y financiera no lo lograrán las bombas de ETA ni el terror, que se cebó sangui-

nariamente con nuestro compañero Gorka Landaburu, hoy copresidente-editor, junto a Domínguez, de la revista. A Gorka intentaron asesinarlo por contar la verdad y creer en la paz. Estuvieron a punto de conseguirlo, pero ahí está, como siempre estuvo, firme en sus convicciones, soñando el mismo sueño de Juan Tomás y de

Domínguez. Hoy Cambio vuelve a ocupar un lugar de privilegio y encara el futuro con ilusiones renovadas. Todo ello no habría sido posible sin el concurso de los actuales editores y sin el esfuerzo generoso de Juan María Gallego, administrador único, que puso en práctica un plan de viabilidad que evitó el cierre definitivo, de Marta Ormaechea, directora de Coordinación Editorial y de Comunicación y de Francisco Caparrós, actual director, un veterano del espíritu 16 que también se atrevió a soñar.

Juan Emilio Ballesteros
Director de Publicaciones